

# La calle de Dante

Isaak E. Babel

De cinco a siete, los gemidos de amor levantaban por el aire a nuestro hotel Danton. En las habitaciones trabajaban verdaderos maestros. Llegado a Francia con el convencimiento de que su pueblo había perdido el vigor, esos trabajos me causaron no poca sorpresa. Las mujeres de nuestro país no llegan tan al rojo vivo ni mucho menos. Mi vecino Jean Bienal me dijo un día.

- *Mon vieux*, en los mil años de nuestra historia hemos creado la mujer, la buena cocina y el libro... Eso nadie puede negárnoslo...

En la empresa de conocer a Francia, Jean Bienal, vendedor de automóviles usados, hizo por mí mucho más que los libros que había leído y las ciudades que había visitado. Apenas nos conocimos, me preguntó por mi restaurante, por mi café y por la casa pública que frecuentaba. La respuesta le horrorizó:

- *On va refaire votre vie...*

Y la rehicimos. Comenzamos por efectuar nuestras comidas en un figón de tratantes de ganado y de comerciantes de vino frente a las "Halles aux vins".

Unas muchachas provincianas, en pantuflas, nos servían bogavantes en salsa roja, asado de liebre rellena de ajo y de trufas, un vino imposible de encontrar en otra parte. Bienal elegía el menú, yo pagaba. Sin embargo, pagaba lo mismo que pagaban los franceses. No resultaba barato, mas era su verdadero precio. Ese mismo precio pagaba en la casa pública, sostenida por algunos senadores cerca de Gare Saint Lazare. Para Bienal era más difícil presentarme a las habitantes de aquella casa que facilitarme la asistencia a una sesión de la cámara cuando en ella se derriba un ministerio. Terminábamos la noche en Porte Maillot, en un café donde se reunían los organizadores de los combates pugilísticos y los ases del automóvil. Mi mentor pertenecía a aquella mitad del país que vende automóviles; la otra mitad los cambia. Era agente de la Renault y comerciaba sobre todo con negociantes rumanos, que son los más puercos de los negociantes. En sus horas libres, Bienal me enseñaba el arte de comprar un automóvil usado. Para ello, según sus palabras, había que dirigirse a la Riviera, a fines de temporada, cuando parten los ingleses abandonando en los garajes unos coches que sólo han servido dos o tres meses. El propio Bienal utilizaba un descascarillado Renault, que manejaba como el *samoyed* sus perros. Los domingos recorrían en este traqueteante vehículo ciento veinte kilómetros hasta Ruán, para comer pato, que allí asan en su propia sangre. Nos acompañaba Germaine, vendedora de guantes en una tienda de la Rue Royale. Sus citas con Bienal eran los miércoles y los domingos. Venía a la cinco. Un instante después, sonaban en la habitación unos gruñidos, el golpe de unos cuerpos que caen, una exclamación de espanto, y luego empezaba la tierna agonía de la mujer.

- Oh, Jean...

Yo calculaba para mis adentros: bien, entra Germaine, cierra tras sí la puerta, se besan, la muchacha se quita el sombrero los guantes para dejarlos sobre la mesa. Según mis cálculos, no les quedaba tiempo para nada más. No les quedaba tiempo ni para desnudarse. Sin pronunciar palabra, se echaban sobre las sábanas como liebres. Después de gemir, se destornillaban de risa y cuchicheaban sobre sus asuntos. De ellos, yo sabía cuanto puede saber un vecino que vive tras un tabique de tablas. Germaine tenía sus puntos de desacuerdo con monsieur Heinrich, el encargado de la tienda. Los padres de la muchacha vivían en Tours, y ella iba a visitarlos. Uno de aquellos sábados se había comprado un boa de piel, y otro sábado había asistido a "La Bohème" en la Gran Opera. Monsieur Heinrich obligaba a las vendedoras a llevar vestidos sastres lisos. Monsieur Heinrich había britanizado a Germaine, y ésta había entrado a formar parte de la serie de las mujeres de negocios, planas de pecho, enérgicas, de pelo rizado y maquillaje castaño llameante. Pero su grueso tobillo, su risa grave y rápida, su mirada atenta, sus ojos resplandecientes y aquel gemido de agonía -Oh, Jean- quedaban reservados a Bienal.

En el vapor dorado de la tarde parisiense, el fino y fuerte cuerpo de Germaine se movía ante nosotros. Al reírse, echaba la cabeza para atrás y apretaba contra el pecho sus hábiles y rosados dedos. En esas horas, mi corazón se caldeaba. No hay soledad más desesperada que una soledad en París.

Para todos los que llegamos de lejos, esta ciudad es una especie de exilio, y a mí se me ocurrió que necesitábamos más de Germaine que el propio Bienal. Con este pensamiento partí para Marsella.

Pasé un mes en dicha ciudad y luego volví a París. Esperaba el miércoles para oír la voz de Germaine.

Pasó el miércoles y nadie rompió el silencio tras el tabique. Bienal había cambiado su día de cita. La voz de mujer sonó el jueves, a las cinco, como siempre Bienal dio a su visitante el tiempo de quitarse el sombrero y los guantes. Germaine había cambiado de día, pero también de voz. Ya no era aquel entrecortado y suplicante "Oh, Jean..." seguido de un silencio, del amenazador silencio de la felicidad ajena. Esta vez había sido sustituido por un ronco barullo doméstico, por exclamaciones guturales. La nueva Germaine hacía rechinar los dientes, se arrojaba con ímpetu sobre el diván, y, en los intervalos, razonaba con voz densa y lánguida. Nada dijo de monsieur Heinrich, y después de gruñir hasta las siete, se dispuso a marcharse. Entreabrí la puerta para tropezarme con ella y vi pasar por el corredor a una mulata con una alta cresta de cabellos equinos y un enorme pecho flácido que apuntaba hacia delante. La mulata cruzó el pasillo arrastrando los pies, calzados con zapatos sin tacón ensanchados por el uso. Llamé a la puerta de Bienal. Este yacía desordenadamente sobre la cama, ajado, con rostro gris y calcetines limpios.

- *Mon vieux*, ¿le habéis dado el pase a Germaine?

- *Cette femme es folle* - respondió encogiéndose-. A mademoiselle Germaine le tiene sin cuidado que en el mundo haya invierno y verano, principio y fin, que después del invierno venga el verano y viceversa; estas canciones no están hechas para ella... Ella te carga con el fardo y exige que lo acarrees... ¿Adónde? Nadie lo sabe, si no es mademoiselle Germaine...

Bienal se sentó en la cama. Los pantalones se habían arrugado alrededor de sus flacas piernas, la pálida piel de su cabeza se transparentaba a través de los pegados cabellos, el triángulo de su bigote temblaba. Un Mácon de cuatro francos el litro rehizo a mi amigo. En el postre, se encogió de hombros y dijo respondiendo a sus propios pensamientos:

- ... Además del amor eterno, hay en este mundo rumanos, letras de cambio, bacarrotas, automóviles con el chasis roto. Oh, *J'en ai plein le dos...*

Se puso de buen humor en el café "De París", ante una copa de coñac. Estábamos sentados en la terraza, bajo una blanca lona. Sobre ella se marcaban unas anchas franjas. La multitud discurría por la acera mezclándose con los reflejos eléctricos. Frente a nosotros se detuvo un automóvil alargado como un torpedo. Bajó de él un inglés acompañado de una mujer con una esclavina de piel de marta. La mujer pasó majestuosamente ante nosotros envuelta en una cálida nube de perfumes y de pieles, inhumanamente larga, con resplandeciente cabecita de porcelana. Al verla, Bienal se inclinó, hizo avanzar su pierna, cubierta por la arrugada pernera del pantalón y guiñó como se guiña a las muchachas de la Rue de la Gaite. La mujer sonrió, inclinó apenas perceptiblemente su cubierta y rosada cabeza, y meneando y haciendo oscilar su cuerpo de serpiente, desapareció. Tras ella pasó crujiendo el rígido inglés.

- Ah, *canaille!* - exclamó Bienal a sus espaldas- Hace dos años, bastaba con ella un aperitivo...

Nos separamos muy tarde. Me señalé el sábado como día para ir a visitar a Germaine e invitarla al teatro, o para ir a Chartres si así lo quería, pero el destino hizo que los viera -a Bienal y a su ex amiga- antes de esa fecha. Al día siguiente, por la tarde, la policía cubrió las salidas del hotel Danton, y sus capas azules se abrieron en nuestro vestíbulo. Me dejaron pasar tras de comprobar que pertenecía al número de los inquilinos de madame Truffaut, nuestra patrona. Encontré gendarmes en el umbral de mi habitación. La puerta de Bienal estaba abierta. El yacía en el suelo en medio de un charco de sangre, con los ojos entreabiertos y turbios. El sello de la muerte violenta se iba marcando sobre él. Había sido degollado mi amigo Bienal y degollado a conciencia. Germaine, con su vestido sastre y su sombrero de alas abatidas, estaba sentada junto a la mesa. Después de saludarme, inclinó la cabeza. Junto con ella, inclinose también la pluma del sombrero...

Todo eso ocurría a las seis de la tarde, la hora del amor. En cada habitación había una mujer. Antes de marcharse, medio desnudas, con las medias hasta las caderas como los pajes, las mujeres se ponían colorete y perfilaban sus bocas con pintura negra. Las puertas estaban abiertas. Los hombres, con los zapatos desabrochados, se habían formado en el corredor. En la habitación de un ciclista italiano de arrugada cara, una niña desnuda lloraba sobre la almohada. Bajé a prevenir a madame Truffaut. La madre de aquella niña vendía periódicos en la calle Saint Michel. En la recepción se habían reunido ya las ancianas de nuestra calle, de la calle Dante: verduleras, porteras, vendedoras de castañas y de patatas cocidas, montones de carne flácida y contraída, bigotudas que respiraban penosamente, llenas de cataratas y de purpúreas manchas.

- *Voilà qui n'est pas gai* -dije al entrar-, *quel malheur.*

- *C'est l'amour, monsieur... Elle l'aimait...*

Los amoratados pechos de madame Truffaut se desplomaban bajo los encajes, sus piernas elefantiásicas se apoyaban, separadas, en el centro de la habitación. Los ojos de la mujer resplandecían.

- *L'amore* - dijo tras ella la *signora Rocca*, dueña de un restaurante en la calle Dante-. *Dio castiga quelli qui non conoscono l'amore...*

las viejas se juntaron en un grupo murmurando todas a la vez. Una llama variolosa encendió sus mejillas; los ojos salían de las órbitas.

- *L'amour* -repitió madame Truffaut echándose sobre mí-, *c'est una grosse affaire, l'amour...*

En la calle sonó una sirena. Manos diestras arrastraron el cadáver hacia abajo, hacia la ambulancia. Se había convertido en un número mi amigo bienal, había perdido su nombre en la resaca de París. La *signora Rocca* se acercó a la ventana y vio el cadáver. La mujer estaba embarazada, su vientre salía amenazadoramente del cuerpo; la seda cubría sus aguzados flancos, el sol pasaba por su cara, abotagada y amarillenta, por sus pajizos y suaves cabellos.

- *Dio* - pronunció la *signora Rocca*-, *tu non perdoni quelli, chi non amano...*

Las tinieblas cayeron sobre la machacada red del Barrio Latino; en sus accesos se dispersaba una multitud de baja estatura; de las casas salía un ardiente olor a ajo. La penumbra cubrió la casa de madame Truffaut, su gótica fachada de dos ventanas, con los restos de una torrecilla y los arabescos de la petrificada hiedra.

Allí había vivido Dante hacia muchos años. Desde su ventana podía ver el castillo de la *Conciergerie*, los ligeros puentes tendidos sobre el Sena, la hilera de casas ciegas, pegadas al río, y el mismo hálito subía hasta él. Golpeados por el viento, crujián los oxidados cabidos y las muestras de las tabernas.

Isaak E. Babel. Nace en la Moldavanka de Odessa en 1894 y es ejecutado en Moscú en 1941. "Isaak Babel es un ejemplo de lo extremadamente lacónicos que pueden ser los medios de expresión de la Literatura". Sergue Eisenstein